

**Kemy Oyarzún**

# **imaginarios de la posdictadura**

Reflexiones  
sobre feminismo, cultura  
y política en Chile  
(1990-2020)



editorialcuartopropio



FACULTAD  
DE FILOSOFÍA  
Y HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE CHILE

# ÍNDICE

PRESENTACIÓN	11
INTRODUCCIÓN	17
CAPÍTULO I Teoría crítica, feminismo y crisis del sujeto	19
CAPÍTULO II Imaginario de género y nación. Contrato social, contrato sexual	47
PRIMERA PARTE: GENEALOGÍAS	77
CAPÍTULO III La conquista del espíritu como cuarto propio. Iglesia, cultura y género	79
CAPÍTULO IV Amanda Labarca. Feminismo Ilustrado y “Ley Maldita”	109
CAPÍTULO V Elena Caffarena: justicias de clase y sexo	117
CAPÍTULO VI Matar a la bruja, sacrificar a la Machi. Encrucijadas de interseccionalidad y género: el caso de Juana Catrila	129
CAPÍTULO VII Julieta Kirkwood: feminismo, subjetividad y sujeción	153
CAPÍTULO VIII Salvador Allende en las memorias. Legados feministas interseccionales	169
SEGUNDA PARTE: INSTALACIONES	189
CAPÍTULO IX Feminismos y estudios culturales: una mirada desde América Latina	191

CAPÍTULO X	
Estudios de género: saberes, política, dominios	205
CAPÍTULO XI	
Nomadismos del saber: Institucionalización de las diferencias y crisis de la <i>res/pública</i>	219
TERCERA PARTE: DEMOCRACIA EN DISPUTA	237
CAPÍTULO XII	
Ideologema de la familia y comunicación en Chile	239
CAPÍTULO XIII	
Democracia en suspenso	277
CAPÍTULO XIV	
Entre la coyuntura y la estrategia: Michelle Bachelet (2006-2010)	297
CAPÍTULO XV	
Sebastián Piñera: la familia en disputa (2010-2014)	323
CUARTA PARTE: BIOPODER, TRABAJO, POLÍTICAS DEL CUERPO	341
CAPÍTULO XVI	
¿Seguiremos pensando en ti como castigo?	343
CAPÍTULO XVII	
Un ideologema siniestro. Género, vida privada y trabajo en Chile. 2000-2003	361
CAPÍTULO XVIII	
<i>Cotidianidad siniestrada</i> : biopoder y género en relatos de catástrofe	405
CAPÍTULO XIX	
“No tengo vida”: biopolíticas en la subjetividad contemporánea	425
CAPÍTULO XX	
Aborto y erotismo: avatares de la sujeción	441
CAPÍTULO XXI	
COVID-19 en Chile: pandemónium biopolítico y <i>estallido social</i>	459
BIBLIOGRAFÍA	479

## PRESENTACIÓN

*Imaginarios de la posdictadura. Reflexiones sobre feminismo, cultura y política en Chile (1990-2020)* es un texto de análisis, crítica y debates en torno a la posdictadura chilena en los cuatro gobiernos de la Concertación, el primer gobierno de Sebastián Piñera, la Revuelta Feminista de 2018 y el llamado “Estallido” Social, a partir de la problematización de las relaciones entre saber y poder, cultura, comunicación y relaciones políticas desde una perspectiva feminista crítica interseccional. No alcancé a reflexionar sobre las complejas relaciones políticas de la Nueva Mayoría con la profundidad que me hubiera gustado. Lo cierto es que el segundo mandato de Bachelet, representó un importante giro en materias sociales, señalando un tortuoso comienzo de reformas significativas, con un alto costo para la sobrevivencia del propio conglomerado a partir de las tensiones entre la Democracia Cristiana (eje conservador) y el Partido Comunista (eje más rupturista).

Las relaciones sociales de la cultura en este texto quedan cruzadas por tensiones de género, sexualidad y clase, así como por la pluralidad de pueblos-nación que habitan nuestro país y su Estado. Nuestra mirada no solo se instala a partir de las situaciones de los discursos estudiados, sino también en el entramado mismo de las prácticas culturales, en el tejido “interno” de sus formas, contenidos, sentidos y valores que estas expresan. Las imagerías son ideológicas. Slavoj Žižek (2003) insiste: “La lógica misma de la legitimación de la relación de dominación debe permanecer oculta para ser efectiva”<sup>1</sup> (2003: 15). Más aún, la eficacia de la

---

<sup>1</sup> En su libro *La Philosophie de Marx* (París: La Découverte, 1993; trad. esp. *La filosofía de Marx*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2000), Étienne Balibar llamó la atención sobre el enigma que supone la completa desaparición de la noción de ideología en los textos de Marx posteriores a 1850. En *La ideología alemana*, la noción (omnipresente) de ideología se concibe como la quimera que complementa la producción y la reproducción sociales; la oposición conceptual que funciona como su antecedente es la que distingue el “proceso vital real” y su reflejo distorsionado en las cabezas de los ideólogos. Las cosas se complican, sin

dominación simbólica en el concepto de imaginario radica precisamente en su coherencia, aunque ella no siempre se exprese “racionalmente” en un sentido ilustrado. Para Celia Amorós (1990), el binarismo Ilustración/Romanticismo da cuenta de la dicotomía masculino/femenino y, en ese sentido, el imaginario romántico se puede leer como crisis invisibilizada de un temprano feminismo asentado en los sentidos, la emocionalidad y las pasiones, en oposición a un universal masculinista racional, esencialista, positivista. Aquí trato los imaginarios como ideogramas, porque los estos son imagerías hegemónicas, varían de un tiempo a otro, de una formación sociopolítica cultural a otra. Por ejemplo, “gesta castrense” se resignifica como un ideograma de la dictadura; “familia moral” deviene ideograma primordial durante parte de la posdictadura y *reality show* opera como ideograma de la nueva derecha durante los dos iniciales años del primer gobierno de Sebastián Piñera.

En este sentido, partimos de una reflexión teórica en torno a imaginarios, ideologías y culturas precisamente en una era en la que predominó, no solo en Chile, sino en el sistema-mundo occidental, la noción del *fin* de la historia y de las ideologías (Fukuyama, 1992; Moskvichov, 1975). Los imaginarios son ideológicos precisamente a partir de una problematización de la dominación. La hegemonía los convierte en representaciones simbólicas en el sentido de expresar las diferencias en las relaciones de poder. Ya en los años cincuenta se planteaba que “el fin de la ideología” era consecuencia de la percepción de similitud de dos sistemas conflictuados, a saber: capitalismo y socialismo, sociedad posindustrial y

---

embargo, en el momento en que Marx aborda la “crítica de la economía política”: lo que encuentra aquí en la forma del “fetichismo de la mercancía” ya no es una “ilusión” que “refleja” la realidad, sino una extraña quimera que opera en el centro mismo del proceso real de producción social. Un eclipse enigmático similar puede ser detectado en muchos autores posmarxistas. Ernesto Laclau, por ejemplo, después del uso casi inflacionario de ideología en su *Politics and Ideology in Marxist Theory: Capitalism, Fascism, Populism* (Londres: Verso, 1977; trad. esp. *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Madrid: Siglo XXI, 1978), renuncia por completo a él. En *Hegemony and Socialist Strategy* (en coautoría con Chantal Mouffe. Londres: Verso, 1985; trad. esp. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI, 1985).

sociedad neoliberal, llamada por algunos “posburguesa” (Lipset, 1964). Fukuyama (1992) volverá sobre esta idea, pero vinculándola al fin de los socialismos reales y la consolidación del hipercapitalismo. Kristeva ([1969] 1981) define la noción de ideologema como una función intertextual “que se puede leer materializada en los diferentes niveles de la estructura de cada texto y que se extiende a todo lo largo de su trayecto, dándole sus coordenadas históricas y sociales” (1981: 148). Las operaciones psicosociales de esa condensación se expresan en el inconsciente político. Llamamos a esa matriz de sentido historiográfico *ideologema*, refiriendo a los milenarismos ideológicos como imaginarios particulares del neoliberalismo. Después de todo, nos preguntábamos irónicamente: ¿no es el imaginario del “fin de la ideología” una ideología en sí misma?

Partimos entonces de un supuesto preliminar: los imaginarios en su lógica interna expresan la legitimación de las relaciones de poder, las cuales deben permanecer ocultas en la densidad figurativa para ser realmente efectivas. Según Fukuyama, la tecnología finisecular es, sin más, el predominio del mercado sobre el Estado, otro modo de instalar veladamente el fundamentalismo del nuevo liberalismo. Desde esta perspectiva, Chile se anticipó al ideologema fukuyamiano durante la dictadura militar de 1973, período donde se planteó el proyecto de eliminar el “cáncer” del socialismo y de los “políticos” para instalar el neoliberalismo sobre el piso de un holocausto concebido como mesiánico. El imaginario prevaleciente en el pinochetismo es el de la *guerra intestina, corporalización de un “cáncer político”* que expresa la intensificación de la Guerra Fría o Guerra Sucia como se le llamó en Argentina. La “gesta” del 11 de septiembre coincide con la refundación patria, nacimiento de un nuevo orden de cosas que opera en dos sentidos cronológicos: borrar el pasado inmediato y posibilitar la irrupción violenta de un futuro único, disciplinable, reprimible y controlable. El ideologema castrense es fundamentalmente futurista, “Chile en el umbral del futuro” es el *slogan*. Como eficaz ideologema, las imagerías castrenses intervienen perversamente en lo público y lo privado, en lo viejo y lo nuevo, en lo chileno y lo no-chileno, a partir del miedo instalado en la sospecha y en el rechazo a la diversidad. La desconfianza se convierte, paradójicamente, en un “nuevo” sentido común. Y el sentido común transformado en terror es un contrasentido aquí, donde lo primero que erosiona el autoritarismo

es precisamente el territorio de lo “común”. Luego, es en lo “común” que se anidaría el “cáncer” de las diferencias como imaginarios denegados y corporeizados cuya naturaleza es práctica y no meramente conceptual.

Nos podríamos preguntar, en consecuencia: ¿por qué hablar de ideologema y no de ideologías? El concepto de ideología, formulado por Destutt de Tracy (1993) en 1796 (*Mémoire sur la faculté de penser*), refería desde el comienzo a la ciencia que estudia las ideas, su carácter, origen, las leyes que las rigen, así como las relaciones con los signos que las expresan. Marx vinculará la ideología a la conciencia, pero sustentará esta en la vida material de los seres humanos porque, en su opinión,

“La totalidad de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se alza un edificio [*Uberbau*] jurídico y político, y a la cual corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material determina [*bedingen*] el proceso social, político e intelectual de la vida en general. No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino, por el contrario, es su existencia social lo que determina su conciencia.” ([1859], 1980: 4-5).

En términos generales, el concepto de imaginario refiere a un tipo de organización discursiva, a una cierta práctica semiótico-semántica capaz de asimilar en su espacio a otros textos o prácticas discursivas, verdadero proceso de reterritorialización figurativa o “función intertextual” que puede leerse materializada en los distintos niveles de cada práctica social, y que se extiende a lo largo de todo su trayecto, confirmando sus coordenadas históricas y sociales al desfiladero de imágenes. Más que centrarnos en la ideología como “consciencia” o lógica racional, miramos las múltiples formas en que esta se expresa a partir de diversas prácticas discursivas e imaginarias. Un ideologema tiene eficacia consciente, semiconsciente e inconsciente, se revela y se oculta, se escabulle subrepticamente en múltiples pliegues discursivos, se presenta en contenidos latentes y manifiestos. Se trata, entonces, de un paradigma semiótico y semántico, una matriz que afecta la producción de sentido y valor de un amplio espectro de discursos, retóricas, prácticas comunicacionales, políticas y estéticas. Transmitidas bajo diversas formas por otras agencias socializadoras, esas imaginерías ideológicas sitúan las relaciones sociales

en un plano casi siempre irrealizable, imperfectible y metafísico. Marx lo entendió así desde muy temprano respecto al ideograma de la familia en su estudio sobre *La Sagrada Familia* ([1845] 1967). En suma, los imaginarios encarnan en cuerpos vivientes, en instituciones, medios y géneros discursivos concretos: novela y comunicaciones, familia y escuela, iglesia y aparatos represivos. Desde esas coordenadas los ideogramas constituyen *imaginarios semiconscientes* de las instituciones, representaciones –la mayoría de las veces– internalizadas por las propias subjetividades a modo de sujeción. Así, desde la perspectiva de los imaginarios, nos interesan tanto las instituciones como el desfiladero de imágenes que les otorgan la legitimidad simbólica y política que aquellas precisan para desplegar sus estrategias y tecnologías de dominación.

En su ya larga historia, los feminismos han resignificado de múltiples formas los imaginarios heteropatriarcales en procesos a veces tortuosos, a veces lúdicos, pero siempre críticos. En el caso chileno, se trata de movimientos deslumbrantes y heterogéneos que han debido transitar por altos y bajos, censuras y autocensuras, estallidos y represiones, muchos de los cuales hemos visto desplegarse con gran intensidad en estos 30 años de posdictadura.